



Puerta del Carmen. La fotografía, hecha ya hace bastantes años, da idea de su antigua situación respecto de la ciudad. Durante los Sitios tuvo su correspondiente batería, y su piedra, mordida y rota por los disparos franceses, enseña claramente la dureza de la lucha. En el ataque del 15 de junio de 1808 doscientos dragones franceses penetraron en Zaragoza por la Puerta del Carmen y lograron llegar a la plaza del Portillo, donde fueron rechazados y exterminados por un grupo de mujeres los cinco que lograron huir hacia el Portillo.

LOS SITIOS DE ZARAGOZA

Por Juan Moneva

Catedrático de la Universidad de Zaragoza

Hace pocos años, el dux Mussolini regaló a Zaragoza una estatua de Octavio Augusto; el Ayuntamiento de la Ciudad mandó ponerla sobre un pedestal paralelepípedo de base cuadrada, y en la cara lateral correspondiente a la espalda de la figura hizo constar el donativo y el donante; el lugar en donde mandó fijarla es externo y remoto de la *Urb Caesar Augusta*, que mandó delimitar aquel Emperador.

El pueblo zaragozano apenas se enteró de aquella novedad; aquí, muy escaso número de habitantes de Zaragoza sabe la historia de la Ciudad, ni aun le interesa tal conocimiento.

Zaragoza empieza a ser para sus habitantes—zaragozanos algunos, forasteros muchos y aun alienígenas, y éstos los más influyentes en ella—, cuando en curso la francesada la Ciudad es atacada expresamente por los ejércitos de Napoleón; en rigor de Arte militar (o Ciencia si quieren decirla), no hubo sitios de Zaragoza en 1808-9, porque nunca la Ciudad estuvo cerrada por todo su contorno; hubo defensa heroica, como podría haberla a campo abierto o en una sola casa cercada por el enemigo. En pura técnica, aquella campaña solamente es ataque del Ejército francés a Zaragoza para apoderarse de la plaza y ulteriormente servirse de ella.

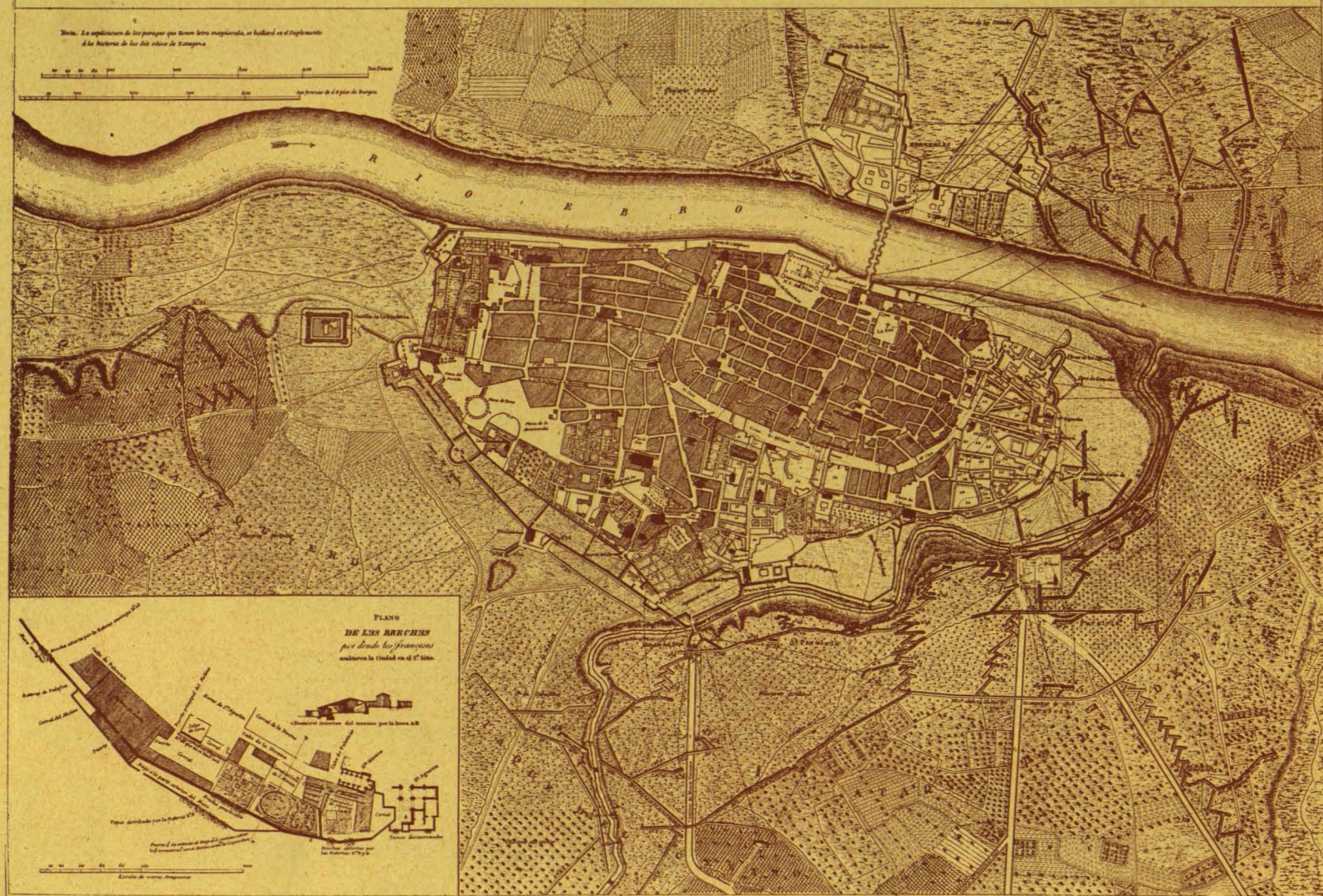
La fama adquirida entonces por la ciudad en Europa entera, pues Europa entonces era una unidad en función de Napoleón I, quien había pretendido dominarla toda, y Zaragoza sonaba en la total epopeya de aquel tiempo como Luneville, como Moscú, como Viena, como Austerlitz, influyó, como en los demás europeos, en los zaragozanos: Siguieron éstos, después de los Sitios, preocupados de los Sitios, comentándolos, historiándolos, reparando, en cuanto cabía, las averías provenientes de ellos.

Un modo de historiarlos y, a la vez, de preparar reparaciones que no eran perentorias, fué retratar como entonces cabía, a lápiz y pincel, a litografía incipiente y grabado ya más perfecto, las ruinas causadas en la ciudad por el enemigo. Quienes dispusieron aquellas estampas fiaron, para hacerlas eficaces ante la conciencia pública, en la comparación de ellas con los respectivos monumentos antes del conflicto, ya según otras representaciones gráficas de ellos intactos, ya según el recuerdo de los supervivientes, quienes así los habían conocido.

Esas vistas acostumbran tener un primer término arbitrario, de pura inventiva de sus dibujantes—Brambila, Gálvez, Esteve—, con escenas belicosas, como las ulteriores fotografías instantáneas; cuando surgieron esas estampas no había aún fotografía; cuando la hubo, estaban muy modificados los originales de aquellas estampas.

La serie de los dibujos de locales comienza en una vista general de Zaragoza, que recuerda al público actual un artículo de Mariano Baselga y Ramírez con el título «Desde el cabeza cortado». A quien conozca por menudo la historia de los Sitios, más bien o antes recordará la horrible «justicia de urgencia» con que fueron condenados a muerte y ejecutados el coronel Pessino, el teniente coronel Falcó, el guarda-almacén Estalbo, defensores, al parecer insuficientes, del monte de Torrero, desde donde aparece tomada una vista; del Coso hay una vista difícil de ubicar por el público de ahora, con más otras cinco que también eran del Coso: tres de ellas del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia y las otras dos de las ruinas del Seminario de San Carlos, situado, como ahora, en las Piedras del Coso, aunque no tenga ahora ni tuviera entonces su entrada por allí; otras tres de las ruinas del Monasterio de Santa Engracia y los Innumerables Mártires; otras

**PLANO TOPOGRAFICO DE LA CIUDAD DE ZARAGOZA, DE SUS ARRABALES Y CERCANIAS,
Y DE LAS OBRAS OFENSIVAS Y DEFENSIVAS EJECUTADAS EN LOS DOS SITIOS QUE EN 1808 Y 1809 LA PUSIERON LAS TROPAS DE NAPOLEON.**



dos del convento de San José y otras tres del de Santa Catalina.

Una de las ya indicadas quiere ser un cuadro de recuerdo de un testigo: es la voladura de Santa Engracia por los franceses (14 de agosto de 1808); ésa y la titulada «Alarma en la Torre del Pino» y las que dibujan las baterías del Portillo y de la Puerta de Sancho, son ya de muchos años después de acabada la guerra.

Otra serie de esas estampas de los Sitios son los retratos de sus personajes; en ésas cabe creer menos. El general Sala-Valdés, historiador de los Sitios un siglo más tarde, pero muy de fiar por su buena conciencia de historiador, dice, bajo la fe de quienes conocieron al tío Jorge—Jorge Ibor, rabalero, administrador de la casa de Palafox en Zaragoza—, y lo afirmaban de mediana estatura, corto de cuello—y de ahí su mote habitual «cuello corto»—, cargado de hombros, megalocéfalo y apoplético; el retrato que de él hicieron Gálvez y Brambila en 1814 lo presenta flaco, encogido y melancólico.

Mi abuela Catalina María y Lahera (1806-94), nieta del carpintero José Lahera, negaba el parecido del retrato de

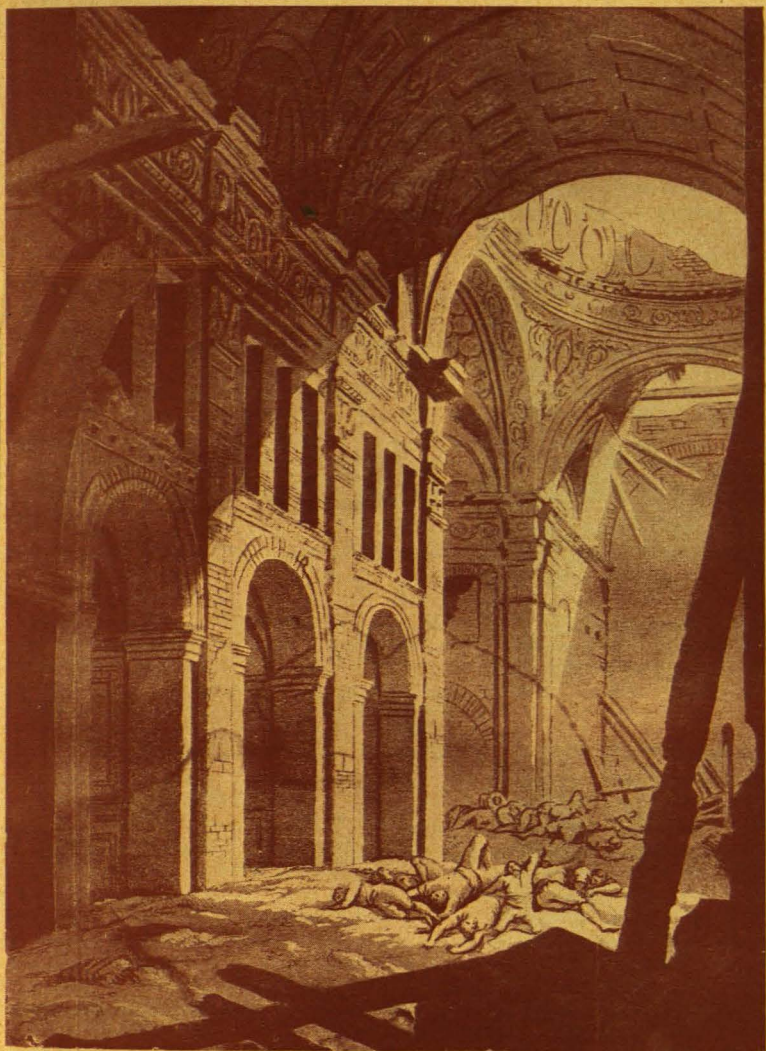


éste, en esa colección de grabados, con el original que ella conoció familiarmente por los mismos años de la edición de esas tarjetas; Lahera murió en 1815.

La dicha colección de estampas de Gálvez - Brambila - Esteve importa más para aprender el espíritu de la época (primera mitad del Ochocientos) en Zaragoza que para dar idea aproximada de lugares y personas.

En la literatura histórica de entonces que se refiere a la Francesada, no se halla sustantivo que no lleve un adjetivo elogioso si es para los invadidos; ofensivo, si es para los invasores; ni una calificación de hechos de la campaña que no vaya graduada en superlativo. Pérez Galdós fué su más acertado historiador, aun haciendo novela, y aun así, su Episodio nacional *Zaragoza*, noveno de la primera serie, es de los menos afortunados.

Agustina de Aragón, "la Artillera", defensora del Portillo, al aplicar la mecha de manos del soldado muerto a un cañón de 24, jurando no desamparar el cañón mientras durase el asedio.



Interior de las iglesias desaparecidas de Nuestra Señora del Carmen y San José, ambas de Carmelitas, la primera de religiosas observantes y la segunda de descalzas.

Vista general de Zaragoza, desde Torrero, demasiado fantástica en detalle, pero fiel en la silueta de conjunto.





RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.

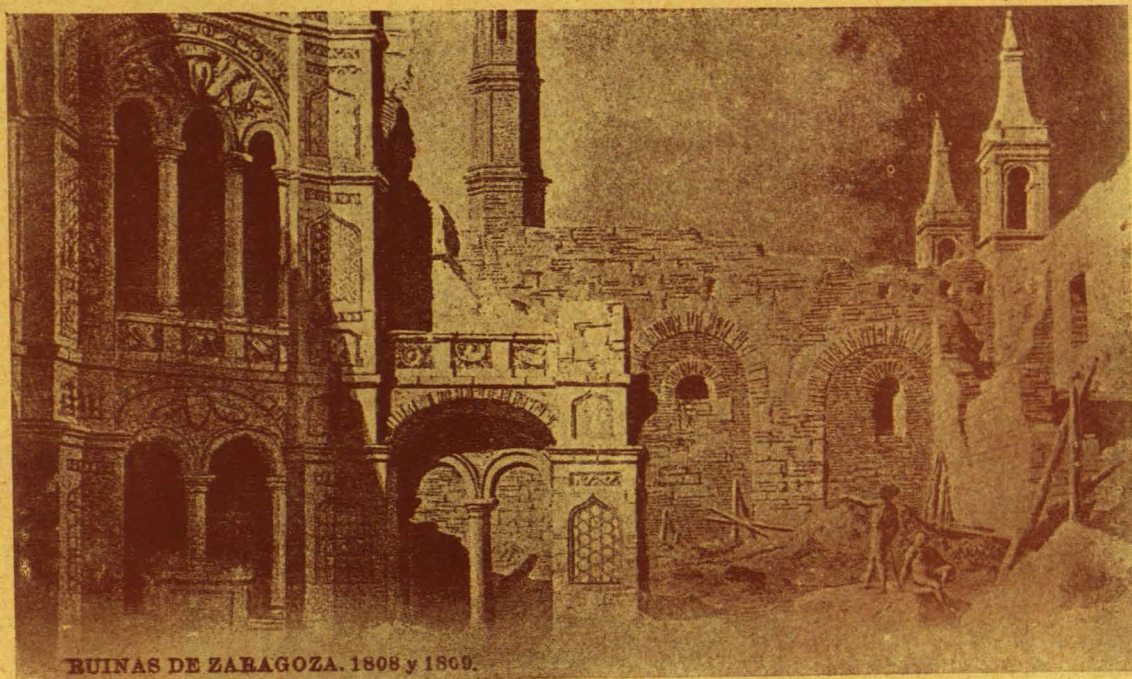
Las dos primeras figuras pertenecen al convento de Santa Catalina, uno de los edificios más destrozados en el primer asedio.

El claustro tuvo un primer cuerpo gótico, cerrado por celosías simplicísimas de ladrillo, si es que son fieles los grabados.

El segundo piso presenta una parte con arquillos platerescos, cerrados luego, y otra adintelada con pilastras que alternan entre columnas, disposición rarísima en lo español.

De todas maneras, el efecto es de un convento sumamente pobre y hecho de cualquier modo y a retazos.

La última lámina reproduce el incendio por las tropas francesas del convento de San José, de Carmelitas descalzas, en la margen del Huerva, a la orilla del camino que lleva al Bajo Aragón.



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.



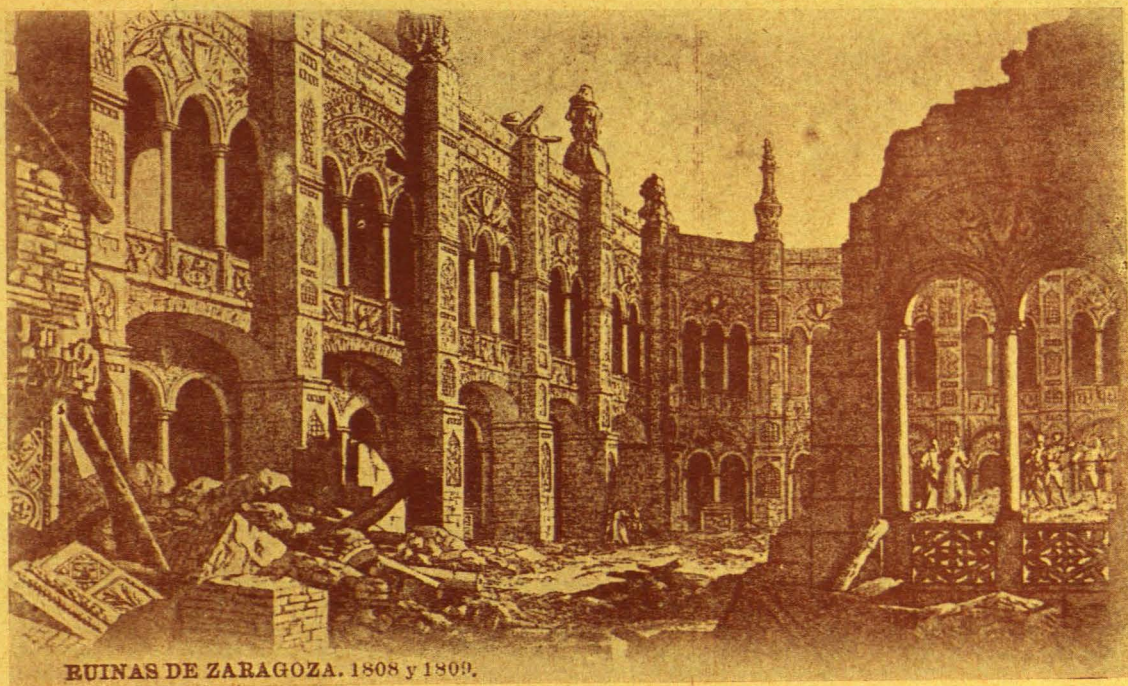
RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.

Explosión y ruinas del Monasterio de Santa Engracia.

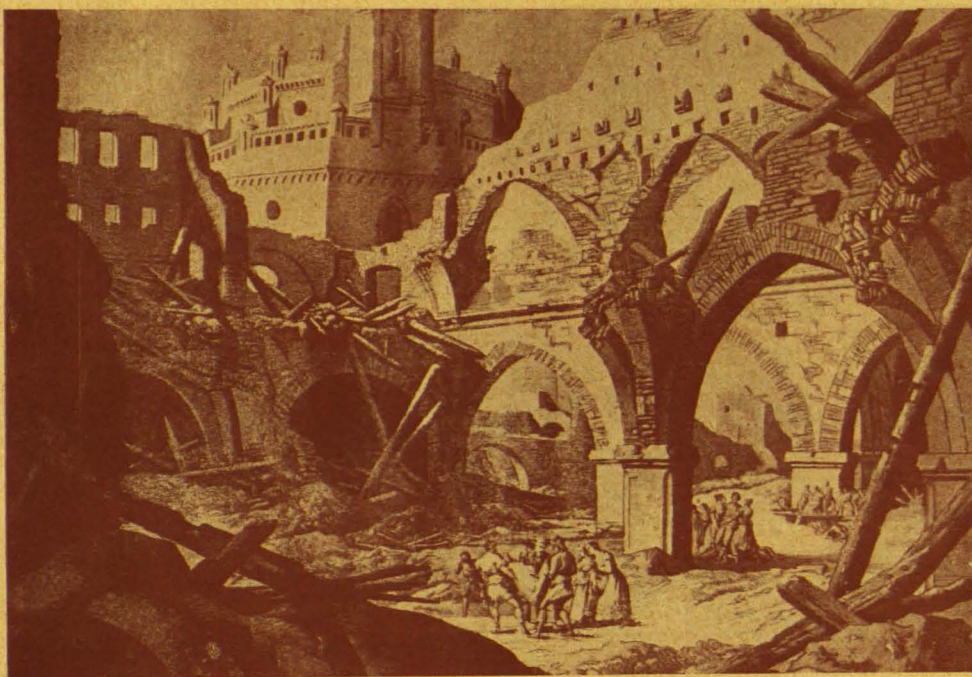
De gran abolengo, que atraviesa la dominación árabe y quizá llega a los años del Cristianismo primitivo, fué reconstruido en los siglos XV y XVI en forma riquísima plateresco-mudéjar, de la que tan sólo existe la portada de la iglesia. Se comenzó la reconstrucción por orden del prior Fr. Martín Vaca, y la decoración plateresca se atribuye al famoso Tudelilla, que decoró el coro de La Seo.

La explosión, grabada en la segunda figura, fué causada por una mina francesa en la noche del 13 al 14 de agosto de 1808. Al día siguiente abandonaron los franceses el asedio, con lo cual terminó el primer Sitio.

El segundo se encargó de hacer desaparecer todo lo que el primero dejó en pie.



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.



Ruinas del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Cuando Gálvez y Brambila tomaron sus apuntes aun estaba en pie la iglesia de San Francisco, morisca, del tipo de la de San Pedro, de Teruel, que desapareció volada por una mina en el segundo Sitio.

El lugar antes ocupado por el hospital es hoy plaza y aun parte del Paseo de la Independencia hasta el convento de Religiosas de Jerusalén.

No es fácil sobre estas láminas reconstruir el edificio aun idealmente. En primer lugar, tratase de una arquitectura gótica interpretada por artistas que no la entienden. En segundo lugar, se ven bóvedas y arcadas en dos pisos, que lo mismo pueden corresponder al claustro que a dependencias de enfermos o de otro destino conventual.

Por fin, la dificultad mayor consiste en la desaparición absoluta de todo.



La primera figura reproduce la hazaña de Agustina en la batería del Portillo durante el ataque del 4 de julio de 1808.

La segunda es una vista de la calle del Coso, con las ruinas del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, al fondo la iglesia de San Francisco y la embocadura de la angosta entonces calle de Santa Engracia entre ambos edificios. Enfrente se alzan los restos de la "Cruz del Coso", humilladero famoso de la entrada de la ciudad.

Está tomada desde el "Arco de Cineja", y sus figuricas sacan los enfermos del hospital durante el bombardeo de los primeros días de julio de 1808.

El tercer grabado ilustra la batería ante la Puerta de Sancho, con el enemigo enfrente y la casi totalidad de la lámina dedicada a los grupos que sirven los cañones o asisten a los zaragozanos.



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.

Las dos primeras figuras pertenecen al Seminario de S. Valero y S. Braulio, fundado pocos años antes por el arzobispo D. Agustín de Lezo y Palomeque. Fué almacén de pólvora, y estalló el 27 de junio de 1808.

Estuvo situado en el Coso Bajo, o de la Magdalena, y su arquitectura neoclásica tenía aún muchos recuerdos de los viejos estilos aragoneses.

La tercera figura representa una «alarma en la Torre del Pino», el 4 de agosto.

Al fondo, el cerro y la iglesia de Torrero, en poder de los franceses. De allí baja una columna cerradamente formada, en contraste con los sueltos grupos de zaragozanos, al mando del coronel Cuadros.

El lugar es contiguo a Santa Engracia, que se alza a la izquierda.